

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 28 DE JULIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

EMILIO ZOLA

Por LEOPOLDO LUGONES

No el lamento; no la protesta contra el destino; la compunción, menos aún; el panegírico, no tampoco. Antes una conformidad severa, que no excluya al análisis por prematuro ni a la misma condena si fuere menester — una severa conformidad sobre esa tumba cuyo epitafio afirma *Verdad* y cuya bóveda inconclusa dice *Justicia*.

La manera mejor de honrar al gran muerto es imitarle en su sinceridad, acorazarse con su criterio y acendrarle en su propio crisol, como que se está seguro de encontrar en el fondo metal de estatua. Extraigámosle sin pena el exceso de estaño, que es quizá necesario contrapeso en la insegura condición humana, y quede sólo la noble liga, aunando en su artística estructura, la solidez del bronce con la pureza del cristal.

Tratándose de un combatiente, nada extraño si se oye estruendo de armas a la vera de su sepulcro. Bueno si los de su facción le conmemoran con un simulacro bélico. Mejor si los de la otra divisa proponen tregua mezclando su lealtad a su laurel. Así pasa, y aquí hemos venido, entre otras cosas, para salvar la dignidad intelectual de la Nación, cumpliendo nuestro deber, los que le admiran maestro, los que le aman apóstol, los que le respetamos varón; y sólo faltan — y su ausencia como la de una sombra esclarece el homenaje — aquellos para quienes tumbas ilustres son losas de empedrar; los que en la muerte germinan como en gorda tierra, sin claudicar un odio, sin mellar un rencor, aun ante el genio irrescatable de la Eternidad, sintiéndose

aborígenes en el reino de la muerte.

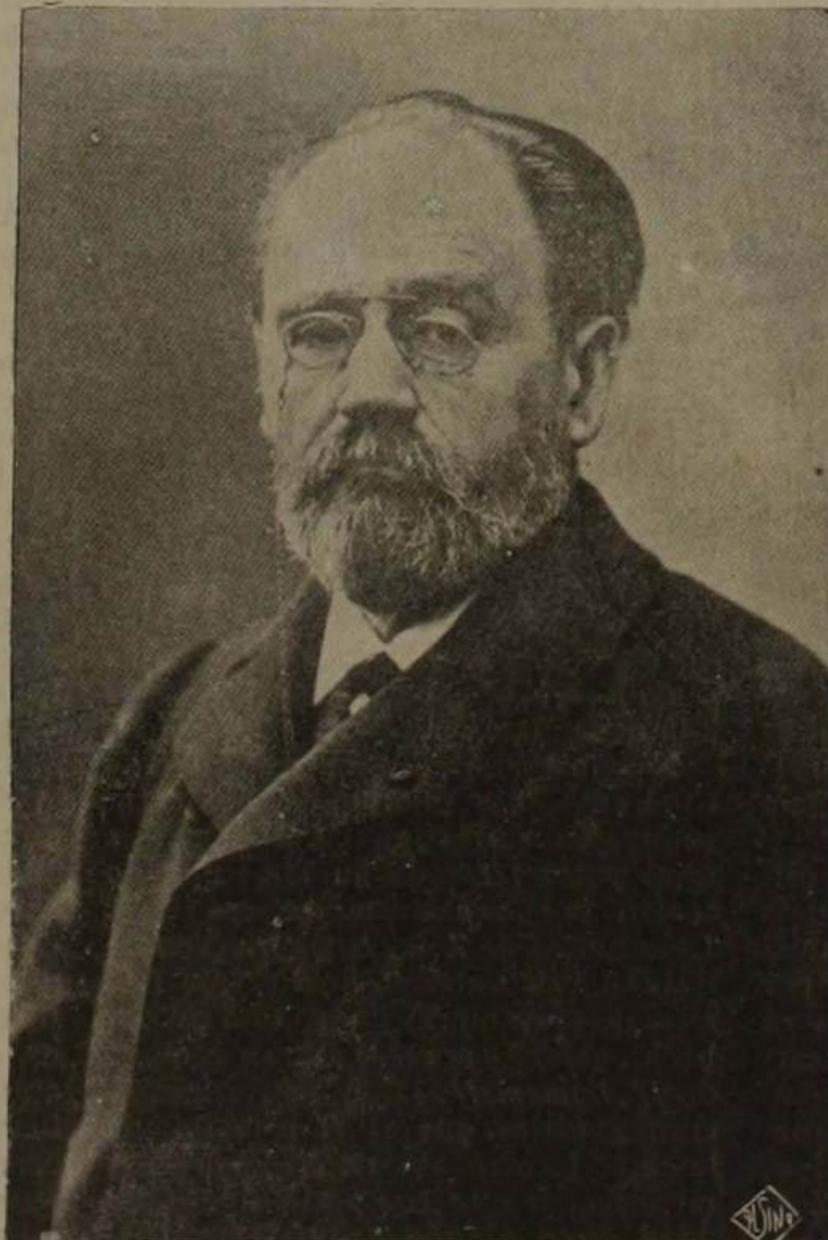
Este tributo puramente — y digamos también significativamente — cívico, es protesta viva contra la fuerza bruta del militarismo y la fuerza ciega de la fe. Nuestro ideal de modernos es ante todo racional y pacífico, y cada uno de los actos con que lo ratificamos acelera el derrumbe de esas dos columnas del imperio, que así sir-

ven para picotas de redentores, como de estribos a esta sociedad dulcísima, donde los afectos fraternales se exteriorizan diariamente con exhortaciones de rifles perfeccionados y réplicas de dinamita o de puñal.

Los humildes, los oprimidos que tienen razón siempre hasta en sus desvaríos, imputables como es justo, a sus tutores, cuanto más absolutos son, esos dominan hoy el escenario y es forzoso ocuparse de ellos, ora como los de arriba, para domarles con el hierro acaso, acaso con el beleño narcótico de su caridad; ora como los amigos del bien, para descubrir y dinamizar en esa oscura masa latencias de inteligente energía — al modo de quien resucita en un pedazo de carbón la luz de los soles prehistóricos — formulándole con anticipación generosa su ideal en una asunción de concordias.

Sin querer he trazado el bosquejo de la obra de Zola, tal como yo la entiendo. En efecto, ¿qué la ilumina desde el principio al fin?: es la predilección por los humildes y los oprimidos; primero implícita en la frialdad formal del análisis; luego expresa ya en páginas donde canta la tierra entera hasta por la boca patibularia de sus minas; y remachada finalmente por su acto heroico como un clavo en la frente del Polifemo burgués.

El pueblo, la canalla muda y fecundísima como los peces, no había tenido aún sus libros. Apenas si Hugo los preludió con esa su caritativa preferencia hacia los deformes y los grotescos cuya doliente arcilla llenara de alma en sus antítesis ya célebres. Zola, más humano, analiza la defor-



EMILIO ZOLA

1840-1902

El domingo 15 de junio de 1924, se inauguró en París el monumento a EMILIO ZOLA, obra de Constantin Meunier, en el cruce de la Avenida Emile-Zola y la rue Violet. Con este motivo, el presente homenaje del REPERTORIO AMERICANO al apóstol de la Vida al ejemplar ciudadano de la República del Bien.